



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9877

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 10 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

JUEVES 4 DE OCTUBRE DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreste, rue Canmartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

CALENTURAS INTERMITENTES REBELDES

no hay nada mejor ni más agradable que las
GRAGEAS LOPE RUPEREZ
3 pesetas caja en farmacias y droguerías.
VENTA POR MAYOR

En Madrid: Melchor García, Capellanes, 1.—M. Pérez Minguaz, Paseo San Vicente, 12.
En Cartagena: Adolfo Fernández, San Miguel, 10, droguería.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en harramental agrícola: ramos, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, letones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardinerías, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, hamacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del verano.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL
FUERTA DE MURCIA, 98, 40 Y 42.

¡Así va el mundo!

Como todo ministro nuevo, don Manuel quiso ventajar en celo, en precauciones y reformas a todos sus antecesores.

Docil a los consejos de la prensa, atendía todas las súplicas, admitía todas las advertencias y perseguía todos los males candentes de la pública gobernación.

Por entonces dieron los periódicos en decir que las proporciones del pauperismo y la indigencia eran tales, que en algunas provincias amenazaban ser un serio peligro para el orden.

El ministro de la Gobernación se

alarmó al cabo y dirigió una circular a los gobernadores de las provincias más castigadas por la miseria, encargándoles de redactar una Memoria donde se declarasen el origen del pauperismo y los medios más idóneos para remediarlo.

El gobernador de A... pariente de otro de los ministros, que estaba muy ocupado con el juego, es decir, con la persecución del juego, dió carpetazo a la comunicación, no creyéndola urgente.

Pocas semanas después recibía un recordatorio del ministro.

El apuro era serio. ¿Redactar una Memoria é? ¡El, que salió del pueblo y dejó las alpargatas y la zamarra para sentarse en los escaños del Congreso! ¡El, que a poco fue nombrado gobernador, y no era abogado, ni periodista, ni poeta! ¿Y sobre el pauperismo?

Pero, después de todo, ¿para qué estaba el secretario del Gobierno?

El digno gobernador tocó el timbre de su despacho (que era el único timbre que podía ostentar el alto funcionario), y dijo al portero: «Que venga el señor secretario.»

Y vino el secretario.

—Señor Fulano—dijo el gobernador—¿usted a hacerme un trabajo difícil con toda urgencia. Se trata de una Memoria sobre el pauperismo en esta provincia, que encarga el señor ministro, y yo no tengo tiempo de hacer. Nadie mejor que usted, con el talento que tiene, puede satisfacer los deseos

de la superioridad. Esmérese usted en el trabajo y dedíquese unos días a su estudio, porque habré de firmar lo yo.»

—Está bien; en ocho días quedará usted complacido. ¿Manda usted algo más?

—No, nada.

Al salir del despacho, dijo, para sí, el secretario: «¡El demonio del hombre! ¡Pues no me carga mala plega! ¡Póngase usted ahora a tomar datos y escribir, y escribir! ¡Vaya, que no lo hago! Se lo daré a Dominguez, oficial de primera.»

Y dicho y hecho. El digno secretario toca el timbre, y dice al portero, que acude a su llamada:

—¡Que venga el Sr. Dominguez!

Y vino el Sr. Dominguez.

—Amigo Dominguez, me va usted a sacar de un apuro.

—¿Que es ello?

—El señor gobernador me ha encargado que haga una memoria sobre el pauperismo, y yo, francamente, no estoy para escrituras ahora. Hágalas usted que tiene facultad y puede inventar lo que quiera, y pasará por mí. No venga usted en unos días a la oficina, y me hace usted ese favor. Hoy por tí máñana por mí.

—No es grato el encargo; pero por complacer a usted, lo haré.

Y el bueno del Sr. Dominguez se fue cabizbajo, pensando qué diría en la Memoria. Hasta que se le ocurrió: «Y después de todo, por qué la he de escribir yo? Se la dará en secreto al oficial D. Luis, que ha hecho casi toda la carrera de médico, y debe entender de eso del pauperismo.»

Y el digno Sr. Dominguez, sin más timbre que el de la voz, pues la electricidad no llegaba más que al secretario, llamó al portero y le dijo: ¿Se ha ido ya D. Luis?

—No, señor; todavía anda por ahí garrapateando.

—Pues que venga.

—Está bien.
Y entró D. Luis a ver al señor Dominguez.

—¡Hola D. Luis!

—¿Qué quiere mi buen amigo Dominguez?

—Un favor inmenso.

—Mande usted.

—¿Se atreve usted a hacer una memoria sobre esto que me ha apuntado aquí el secretario?

—¡Hombre, hombre! Atréverme... sí; pero ¿para qué?

—Cosas del secretario. Me ha encargado que lo haga yo; y yo no sirvo para eso. Usted que es hombre de letras...

—Mire usted que tengo mucho trabajo.

—Déjelo por unos días. No se le dirá nada. ¡Ea! manos a la obra: en tres días la hace usted.

—Por servir a usted lo haré; pero no respondo del acierto.

—Diga usted lo que le parezca.

—Así, si me comprometo.

—Pues le quedaré agradecido.

—Yo, siempre a sus órdenes.

—¡Caramba, caramba!—iba diciendo D. Luis cuando salió de ver al digno Sr. Dominguez.—Me ha reventado este tío. ¡Todo por hacerme de miel! ¡Yo no sé una pata de esto! ¡Carape con el hombre!... Estaba por hacer una cosa... ¡Si! Magnífico! Le doy el encargo a Juanillo, le convido a café, y estamos del otro lado. ¡A ver, Tomás!

—¿Qué quiere D. Luisón? Ya no me puede mandar nada. Ha dado la hora.

—¿Se han marchado los escribientes?

—Dos sí; pero ahora baja *Agujetas*.

—¿Quién, Juanito Pérez?

—El mismo.

—Pues llámale, anda, que ese es el que quiero.

Salió el portero, y gritó dos ó tres veces a un jovencuelo escuálido, que ya estaba en lo último de la escalera: ¡Eh, tú, *Agujetas*, que te llama D. Luis!

Subió Juanito Pérez (*Agujetas*), y le dijo D. Luis:

—Vamos, ven acá, postilla; to-

ma un pitillo y oye: ¿Tú sabes escribir en prosa?

—Pues ya lo creo.

—Bien, me lo figuro; pero, quiero decir, si sabes inventar cosas en prosa lo mismo que en verso.

—Toma, pues sí.

—No harías tú un artículo para *La Tarantela* si te lo encargaran?

—Sí.

—Pues de eso se trata. Mira, vas a hacer un artículo largo en forma de Memoria, estudiando el pauperismo en esta provincia.

—¿Y atacando al gobernador?

—No, hombre. ¡Si tal vez lo tendrá que ver, Dominguez me lo ha encargado a mí!

—Pues hágalas usted. ¿Yo qué tengo que ver?

—Sí, hombre. Que me haces un gran servicio, pues yo no entiendo de eso.

—¿Pero qué voy ganando?

—Mi gratitud y un cafetillo.

—Es poco. Si me adelanta usted de la paga cuatro duros que debo en el Casino...

—Hecho.

—¡Si siquiera lo pudiese firmar y lucirme!

—¡Cá! Al contrario. Ha de pasar por mí.

—Vaya una ganga. Siempre he de ser el burro de carga. Y si cae un ascenso no será para mí.

—Déjate de cuentos, y hazme el favor...

—Buono, ¿corre prisa?

—Con dos días tienes bastante, ¿no?

—Y con tres horas también.

—No, No. Tienes que hacerlo con cuidado.

—Bien; se hará.

II.
Han pasado ocho días. El gobernador de A... tocó el timbre, y un portero acude.

—¿Qué manda V. E.?

—Que venga un escribiente.

Pocos momentos después llega Juanito Pérez (*Agujetas*) en la oficina, y entre los arcades: Tercio Pateando.

68 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

El rey irritado por la traición de los zegríes, ansió hacer un terrible escarmiento; pero ellos, astutos como la serpiente, viendo malogrado su intento por la fuerza, enviaron un mensajero al rey precedido de una bandera blanca, y escudados con la santidad de la fe musulmana, a protestar de su crimen haciendo recaer su peso sobre su muerto caudillo Mahomet-Adel Zegri, rindiendo de nuevo homenaje al rey, presentándole en rehenes sus hijos y demandando una reconciliación con los ofendidos abencerrajes.

El rey admitió los rehenes, llamó junto a sí los agraviados, les exhortó al perdón y a la paz, y los abencerrajes, siempre hidalgos, siempre generosos, aceptaron con los brazos abiertos a un enemigo que llegaba hasta ellos prosternándose, sin ver el puñal que ocultaba a sus espaldas.

Una zambra en Generalife aquella misma noche, fue el lugar donde debía anudarse una amistad que nunca fue más que un velo de traición por parte de los zegríes.

Por su Generalife mostraba una torrecilla iluminada, y las bandolinas, las guitarras y las dulzainas mecían sus armonías al rumor de las cascadas y al gorgorío de las fuentes, que se agitaban con el vuelo de las palomas.

El jardín donde se alzaba el ciprés de Aben-Ymid, distante de la cámara donde estaba la zambra, ha si-

ALLAH-AKBAR.

69

do olvidado, y su estanque iluminado por la luna, perdía sus reflejos en las altas arcadas y en las bóvedas de los laureles.

Todo allí respiraba silencio y misterio; el eco de la música y de los cantares, llegaba perdido, vago, indeciso como un suspiro de felicidad.

Cuatro sombras aparecieron en el oscuro fondo de la galería, y departiendo misteriosamente, atravesaron el claro iluminado por la luna y se perdieron entre la espesura de laureles, mirtos y rosales que rodeaban el ciprés.

Otase el rumor ininteligible de sus voces contenidas por la prudencia en una plática acalorada, pero de repente resonaron recatados pasos en la galería, y un gallardo moro entró en el claro alumbrado por la luna y se detuvo en el borde del estanque.

Sus hermosos ojos, más brillantes que el brocado que vestía, se elevaron al firmamento y se fijaron en la luna con una expresión impregnada de amor y de esperanza.

Era el caudillo abencerraje Aben-Hamet.

Pasó algún tiempo; el enamorado manco pasó impaciente a lo largo de los jardines, atento el oído, palpitando el corazón y fija la vista en la galería.

Al fin sintióse sobre el pavimento el resbalár de una cruzada, y, como una forma oscura entre lo oscuro, y una mujer pálida y trémula, cedió

72 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

quiso retroceder, pero sintió sus manos asidas por manos convulsas y unos labios ardientes posados en ellas.

Zoraida cayó sin fuerzas, rendida a su amor, sobre el césped que rodeaba al ciprés.

En aquel momento en que entramos amantes solo tenían ojos para sí mismos, los cuatro hombres que estaban ocultos entre la espesura, salieron de ella en paso silencioso, y se perdieron a lo largo de los jardines por la parte opuesta a la galería por donde habían entrado.

Aben-Hamet permanecía aun a los pies de la tentadora hermosa, y la besaba con el acento del amor inspirado:

—Al fin, sultana, te ven mis ojos, sin que la mirada importante del mundo, los fieros a apagar el fuego que arde en mi alma y robas por mí.

Al fin te veo frente a mí, ruborosa, y la agitación de tu seno; cuya blancura vence a la de nácar, es para mí más grata que el jardín de Bírán, cuando aparece en sus flores al oriente peregrino del desierto.

Ah! (sus ojos, gemidos, y posados en mí; ellos son la lumbre de mi vida, la aureola esplendorosa que alumbró la oscura noche de mi destino.

¡Fé me amas, huzi, porque tu mano tiembla entre la mía y no la retiras, porque tu redondo talle se estrecha al contacto de mi brazo.)